

Nuestra profesion, señor conde, es algo contraria á la franqueza. Nada dejamos traspirar de lo que sabemos por lo tocante á las disposiciones de la corte de Viena para con nosotros. Es justo suponer que nuestra resurreccion militar debe inspirarle mas temores que la de ninguna otra nacion; asi es que no ha podido ocultar su despecho cuando ha visto que el príncipe de Carinan servia y se distinguia en las filas de los guerreros franceses. Creia aquella nacion que no nos seria posible hacer la guerra solos, y que seríamos batidos, ó nos veríamos en la precision de abrir paso por nuestros límites á los aliados. Se equivocó completamente, y ahora está resentida; es muy natural. Rusia, por el contrario, no envidia las victorias de la Francia, y aunque siempre manifiesta grandes consideraciones al príncipe Metternich, bien se echa de ver que el crédito de este ha decaido mucho en San Petersburgo desde nuestra guerra en España; esto es un germen que algun dia llegará á desarrollarse. La Inglaterra ha representado un triste papel; ha sido injuriosa al par que débil; mas como esa nacion tiene fuerzas y admirables instituciones, le seria fácil recobrar todo su ascendiente, si en vez de oponerse con mezquindades á la emancipacion del rey de España, se unieran á nosotros para darle libertad y terminar de consuno con el gabinete de las Tullerías, el grande asunto de las colonias españolas.

Aquí llegábamos de nuestra carta, señor conde, á tiempo que un correo de Roma nos trae la noticia de la novedad ocurrida al papa, y que probablemente causará la muerte de este santo religioso. El Austria va á ponerse en movimiento; ya nos ha propuesto ponerse de acuerdo con nosotros por lo tocante á la eleccion de soberano pontífice: eso quiere decir que no está segura de triunfar no uniéndose á nosotros. Dudo que podamos hacer cosa alguna por lo concerniente á este asunto, y que el interés italiano, que está lejos de sernos contrario, saldrá victorioso. Haremos marchar á Roma á nuestros dos cardenales, si hay tiempo todavía. En el caso de que Austria quiera ocupar militarmente las legaciones, nos ceñiremos á hacer representaciones. Pero no creo en semejante ocupacion y mucho menos la creeria si un despacho telegráfico nos comunicase la rendicion de Cádiz.

Os ruego que esteis á la mira de los corsarios españoles, impidiéndoles que vengan á hacer presas ó á provisionarse en los puestos de Nápoles ó Sicilia.

Enteramente vuestro,  
CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 19 de julio de 1825.

Ayer precisamente, querido amigo mio, os escribi contra los *protocolos*. Mas no hay ya otro remedio que lo hecho hecho. Volverán á proponeros el informe acerca del estado de España: es el sistema de Metternich; poco importa; todo lo que trae dilaciones, todo lo que puede ser aceptado y desechado, leído y releído, comentado, criticado y examinado, es bueno para vos y bueno diplomáticamente considerarlo. Vos y vuestros colegas podeis tardar seis meses en redactar el informe; todo ese tiempo habrá trascurrido cuando lo deis por acabado.

Haceis muy bien de ponerlos al frente del cuerpo diplomático. Preciso es que os constituyais en patron y maestro suyo. Comed y bebed con buen apetito, y no se hablará de otra cosa que de vos y de la Santa Alianza.

Vuestro cuerpo diplomático va á aumentarse. Adjunta á este despacho encontrareis una carta del gabinete de Dinamarca á su agente en Sevilla: lo retira de ese punto y le manda acreditar en Madrid cerca

de la regencia. Decidse asi al Sr. Saez y remitid la carta á su destino.

No vereis escuadra inglesa en Cádiz, sino dos fragatas que vendrán á ponerse á las órdenes de sir W. A'Court. No se todavía si este irá á Cádiz ó á Gibraltar.

Enteramente vuestro,  
CHATEAUBRIAND.

P. D.

No hemos recibido noticia de la muerte del papa: cual nos hace creer que habrá sobrevivido á su caída mas tiempo que el que se esperaba. El nuncio debe estar ya en Madrid.

Os diré que no os dejeis intrusar en cosas que sean relativas á la independencia de la regencia, sin lo cual vos y vuestros colegas vendreis á ser los regentes del reino. No teneis derecho de mezclaros en los actos de la regencia; que contraiga ó no contraiga un empréstito nada os importa: eso puede entre nosotros ser asunto de conversaciones, pero nunca materia de protocolos ni de deliberaciones. Tened mucho cuidado con esa tendencia del Austria á mezclarse en todos los negocios y á intrusarse. Contenedla al dar el primer paso, pues de lo contrario os vereis arrastrado á muy larga distancia.

El príncipe de Polignac á M. de Chateaubriand

Londres 22 julio 1825.

Llegué ayer tarde á esta capital, querido vizeconde, despues de una travesía bastante corta pero penosa. Aun no habia llegado á Douvres la orden de hacer los honores debidos á la categoría del embajador del rey; por consecuencia no han disparado un solo cañonazo; el comandante de la guarnicion vino á darme excusas y colocó una guardia de honor en la puerta de mi habitacion; por lo demás los habitantes de Douvres me han recibido todo lo bien que han podido, pues al marcharme se han agrupados alrededor de mi coche y me han saludado al entrar en él. La malevolencia se ha hecho ya cargo de la circunstancia de no haberse dispensado honores, y un periódico inglés hace algunas observaciones sobre esta omision. El hecho, segun me lo asegura el vizeconde Marcellus, no consiste sino en haber llegado con retraso la noticia oficial de mi llegada á M. Canning, y tambien en que la ceremonia de prorogacion del parlamento, ocurrida inmediatamente de haberse recibido la noticia, retardó la comunicacion que el gobernador de Douvres necesitaba para hacerme los honores.

M. Canning me ha hecho decir las cosas mas lisonjeras por conducto del visconde Marcellus y me ha convidado á comer hoy en su casa de campo. El rey está en Winsor, y allí es probablemente donde será recibido por primera vez. Os tendré al corriente de cuanto ocurra. Podeis contar con mi celo y exactitud.

Estad seguro, señor vizeconde de mi sincera adhesion.

EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 23 julio 1825.

Contesto confidencialmente, querido amigo, á vuestro despacho núm. 17.

Todos vuestros racionios acerca de las ventajas é inconvenientes de las conferencias son exactos. La dificultad está en no tener que necesitar del auxilio de nadie y en precaverse de que los aliados falten en nada á lo que se ha dispuesto en las conferencias. Es cierto que las cuatro grandes potencias continentales estando de acuerdo en Madrid, ofrecen á la regencia

M. de Chateaubriand á M. de Polignac.

Paris 31 julio 1825.

Por mi carta oficial vereis, noble príncipe, á qué altura nos hallamos con Inglaterra. Ya comprendéis que una fragata inglesa que viola un bloqueo, que hace salva á las cortes, y que iza el pabellon español, es lo mas á propósito para volver locos á los descamisados y para hacerles prolongar la resistencia. A esto os contestarán que el bloqueo no estaba todavía denunciado; saben muy bien que una *costumbre* no es una *ley*, y abusan de la generosidad del gobierno francés. Sin embargo, quejaos y procurad que esos insultos y fanfarronadas acaben de una vez.

En España la marcha del duque de Angulema para Cádiz responde á la acusacion de nuestra marcha retrógrada hácia el Ebro: es bajo todos conceptos una buena medida: en Madrid se simplificará la marcha política y se dará mas impulso á las operaciones militares sobre el Puerto de Santa María.

Os ruego que veais á M. Sequier, y procureis darle á conocer todas esas presas que nos han hecho y se han conducido de la Coruña á los puertos de Inglaterra. Es un asunto de grande entidad para nuestro comercio. Os he escrito por el último correo.

Nada sabemos de la Coruña, pero no dudamos que antes de mucho estará en nuestras manos, asi que nuestros cruceros se sitúen enfrente de ella.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand, á M. de Talaru.

Paris 31 julio 1825.

Monseñor tiene razon; la regencia debe permanecer en Madrid. Muy admirados estamos de la imprecendente medida que va á afectar tristemente á unas ciento cincuenta familias españolas. Hablad con energía á la regencia; decidle que nada puede haber mas impolítico que envolver clases enteras en una especie de proscriccion. No dudamos en considerar el decreto de la regencia acerca de la milicia como un acto funesto. El general Pozzo es de la misma opinion y asi lo ha manifestado escribiendo á M. Bulgari. Poneos de acuerdo á fin de hacer de modo que la regencia retire ó modifique ese decreto.

La marcha del duque de Angulema es una providencia muy atinada porque establece una separacion entre la política y la guerra que producirá buenos resultados.

Concebimos que en Madrid hayais pasado algunos dias de miedo; pero ya os acostumbrareis á estar solos, y además Bourke se acercará á esa capital asi que se haya apoderado de la Coruña.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 2 agosto 1825.

He recibido vuestra carta del 27 de julio y el Boleín núm. 25 que hace dos dias se halla en nuestro poder; tambien teniamos noticia de la carta de M. Bordesoulles. Teneis razon: las frases se contradicen y no guardan ilacion: echa á la fragata inglesa la culpa de unas negociaciones mal principiadas y mal conducidas y en cuya tramitacion no ha querido admitir personas inteligentes. No hay mas que un solo camino y es el apoderarse de Cádiz á viva fuerza. El mariscal de Bellune, que estuvo bloqueando esa plaza dos años seguidos, dice que puede ser tomada, apoderándose del Trocadero y haciendo un desembarco

alguna cosa menos rígida que la voluntad de Francia expresada únicamente por el órgano de sus soldados, por consiguiente todo depende de vuestra habilidad. Vuestra pintura de España es la que todos hacen. No hay remedio para los males que la aquejan, mas que la emancipacion del rey. Tal vez ni aun asi se hará mas que cambiar de enfermedad, pero por lo menos no seremos los responsables.

Voy á hablar para que se acepte el socorro de Portugal cuando menos el *marítimo*. Los portugueses no se hallan en la posicion de los rusos, de los austriacos, ni de los prusianos, ni tienen que pasar por nuestro territorio. Si declarasen guerra á la España ¿podríamos impedirlo? Se hallan además en el caso de ser amenazados, como nosotros, por la revolucion de aquel pais y pueden por consiguiente tomar las armas contra él. Si no se quiere decir precisamente que se aceptan sus proposiciones, podria hacerse, como se ha hecho ya con el conde de Amaranto, dejarles obrar como les parezca mejor. Si quieren bloquear á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo, dejarles que lo hagan. Hablad al duque de Angulema en ese sentido, no presentándole la idea como cosa ya resuelta ó próxima á resolverse, sino como un proyecto que merece ser reflexionado, sobre todo por lo tocante al servicio marítimo. Podemos sacar un inmenso partido de la marina portuguesa y del material que puede suministrarlos. Si triunfamos con nuestros únicos recursos, seria una cosa muy bella; pero ¿si sucediera lo contrario? Los hechos dominan sobre todas las cosas. Es preciso dar libertad á Fernando sin reparar en lo que cueste, pues en eso se cifra la salvacion ó la ruina de Francia. Comunicad á Guilleminot mis ideas sobre el particular.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand al príncipe de Polignac.

Paris 28 julio 1825.

Recibo, querido amigo, vuestro primer despacho, y quedo esperando impaciente vuestra audiencia pública. No me admiraré de que la retrasen, manifestando de esta manera la voluntad que en las demás cosas nos manifiestan: ya sabeis que los ministros ingleses no hablan nunca de política en sociedad, y por eso no me admiro de que M. Canning ni lord Liverpool no os hayan dicho nada. He reflexionado sobre la carta del rey. El rey de Inglaterra no demuestra mucha solicitud por recibirnos para dejarnos con tanto abandono. Aquella carta podria caer en manos de M. Canning, y daría asunto á una historia, por cuya razon, si todavía no la habeis entregado, creo que seria mejor que me la remitiérais.

El correo que salió de Madrid el 23 y ha llegado esta mañana, no ha traído nada de particular. Estamos haciendo esfuerzos para determinar al duque de Angulema á presentarse delante de Cádiz, para establecer buena armonía entre los generales prontos á desunirse y para salir de Madrid, donde la policía, que es nula en España, no vigila bastante por su seguridad. El incendio causado ó no por la malevolencia, dura todavía por falta de bombas con que apagarlo.

Ya sabeis que he denunciado el bloqueo.  
Enteramente vuestro, noble amigo mio,

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Podeis hablar con ese hombre de Méjico, no como embajador sino como príncipe de Polignac.

sobre la punta enfrente de la isla de Leon, á medio tiro de bomba de Cádiz. Costará mucha gente; mas como en este asunto se trata de la restauracion completa de los Borbones, ó de su postrera caída, no hay que vacilar, y por lo tanto vamos á predicaros en ese sentido.

Todas las correspondencias que se reciben de Madrid y todas las opiniones están conformes en decir que el decreto de la regencia produce el efecto mas desastroso. Esa regencia podrá ser muy buena, pero es muy bestia (*bête*). ¿Qué necesidad tenia de hablar de diezmos, de bienes nacionales, de frailes, de contribuciones, ni de milicia? ¿Para qué promover cuestiones que hubiera sido mas prudente aplazar para el regreso del rey, y no ocuparse por ahora mas que de la creacion de un ejército? Es preciso, querido amigo, que trateis de ejercer mas autoridad sobre esa regencia, sobre todo mientras el rey siga ausente; haced porque os comuniqué, si es posible, las providencias que se propone tomar, antes de publicarlas: insistid por la anulacion del decreto que ha expedido contra los milicianos. Acerca de este particular os remito un despacho oficial que podreis enseñar al señor Saez, si lo juzgais á propósito.

Tened cuidado de informarme del efecto que habrá producido en el espíritu de esa capital la partida de monseñor el duque de Angulema, asi como el partido que con este motivo hayan manifestado tomar; emplead todos vuestros recursos para que la regencia no cometa actos violentos. Señales de cordura daría mostrándose mas moderada precisamente despues de la partida de los que la acusaban de exageracion.

Vuestro del todo,

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de Caravan.*

Paris 3 de agosto de 1825.

Nada, señor marqués, ha ocurrido de importante en las operaciones militares desde mi última comunicacion del 26 de julio, mas que la marcha del duque de Angulema hácia Andalucía. Para que esta marcha se realizara se presentaban algunos inconvenientes, pero las ventajas que promete eran tales que no hemos dudado en instar para que se realizara. Estas ventajas son varias.

1.<sup>ª</sup> El duque de Angulema en contacto con la regencia y aturrido en Madrid con todas las intrigas y todos los gritos de los diversos partidos empezaba á fastidiarse. Este fastidio aumentaba la division y creaba dos centros de autoridad: la regencia, y el duque: era preciso librar á este de una situacion que se hacia insostenible, y que hasta podia llegar á comprometer su salud. Era preciso volverlo á colocar en medio de los campamentos, donde se halla tan bien, y donde sus virtudes, compuestas de moderacion y valor, sostienen simultáneamente la disciplina y el ardor de nuestras tropas; preciso era además velar por los dias de ese noble príncipe que ciertamente gozará de mas seguridad bajo una tienda de campaña que en una ciudad sin policia, donde los revolucionarios de toda Europa tienen relaciones y fraguan toda clase de complots, como lo acredita el incendio de la iglesia de los *Clérigos menores del Espiritu Santo*.

2.<sup>ª</sup> La presencia de monseñor en el ejército aclarará rivalidades tan comunes entre los generales franceses.

3.<sup>ª</sup> Cádiz caerá sepultado y bajo sus ruinas la revolucion española, preciso es por consiguiente hacer algun esfuerzo por acelerar esa caída, y si algo puede contribuir á eso, es sin duda la presencia de Monseñor delante de aquella plaza.

Tales son, señor marqués, los principales motivos de la partida del duque, á los cuales sería fácil aña-

dir largos detalles en que no podemos entrar, pero que no podrán menos de presentarse á vuestra imaginacion. Esta medida es un golpe de partido y es de creer que no tardaremos en sentir sus buenos resultados.

Por lo demás, siempre os hemos dicho que no nos era posible designar á punto fijo el día de la emancipacion del rey. Todavía tenemos la misma duda. Mil incidentes pueden retrasarla, y en particular los esfuerzos de los ingleses que realmente nos hacen una verdadera guerra. Violan el bloqueo; introducen armas, víveres y dinero á los revolucionarios, y envian aventureros para ponerse al frente de los soldados de las córtes y para animarlos. Mas sea lo que quiera de esa conducta y de esa neutralidad poco leal, es de esperar que por último llegaremos á dominarla. Si no terminamos la guerra en cuatro ó cinco meses la terminaremos en seis, en siete ó en un año. No retrocederemos en tanto que ocupemos el ministerio, porque se trata de la suerte de Europa. Si la revolucion triunfara en la península, todo estaba perdido. Es preciso una victoria, una victoria completa ó perecer bajo sus ruinas: esto es un hecho evidente y por lo tanto nuestra resolucio es invariable.

Si Cádiz no se rinde antes de la estacion en que los vientos no permiten estacionarse en aquellas aguas, hemos formado el plan de establecer durante el otoño el sitio de todas las plazas de este lado de acá del Ebro; la rendicion de esas plazas nos permitirá disponer de cuarenta mil hombres á los cuales añadiremos una quinta de treinta y seis mil, con cuyo total iremos á apoyar el ejército que hayamos dejado delante de Cádiz que sitiaremos y rendiremos sin reparar en las pérdidas que pueda causarnos. Os revelo este nuestro futuro proyecto; porque contamos atacar aquella plaza el 20 ó el 25 de este mes y tenemos grandes esperanzas de hacerlo con buen éxito. Pero es preciso, cuando uno se halla al frente de los asuntos, calcular siempre los sucesos del modo menos favorable, á fin de no verse sorprendido por las eventualidades.

Recibid, etc., etc., etc.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de La Ferronnais.*

4 de agosto.

Se han propalado rumores que sabreis apreciar en su justo valor. *Negociamos con las córtes*. De manera que habremos tomado las armas contra las córtes para entrar en negociaciones con ellas. Nunca las reconoceremos como cuerpo político. Lo que sus individuos quieran exigir para entregarnos el rey, se lo concederemos. Trataremos por consiguiente con los individuos para tratar con el rey, y á este nos dirigiremos exclusivamente cuando se halle en el caso de poder hacer algo por sí mismo, mas no creais que vayamos á deshonorar nuestras armas, ni nuestra causa, por medio de indignas composiciones.

La regencia en Madrid ha cometido graves faltas. Su último decreto acerca de los milicianos es deplorable: nada mas hace que multiplicar el número de sus enemigos y acrecentar las dificultades que tenemos que vencer. Hemos mandado que se le hagan serias manifestaciones por medio del marqués de Talaru. Sin embargo, en abono suyo es preciso confesar que en cierto modo tiene que sacrificarse á la exigencia de opinion de la masa popular que la impulsa. En España todo es *negro ó blanco*, ó partidario de las córtes ó partidario del rey: fácil es comprender que entre ambos partidos cabe poca benevolencia ni comedimiento, pues no piensan sino en destruirse mutuamente. Mucha es la dificultad que un gobierno prudente hallará al abrirse paso entre tan encontradas pasiones.

No os hablo del asunto de Nápoles porque ya es cosa muerta despues de haber sido ridicula. Sin duda tendreis noticia de la caída del papa: sigue mejor, mas no creo que pueda vivir mucho tiempo. Le he enviado una cama de resortes para incorporarse. En otros tiempos un cónclave era un grande asunto. Ahora no tendría importancia sino en el caso de elevarse al trono pontificio algun grande hombre. Roma no tiene fuerza bastante para influir por sí misma en la suerte de los pueblos no siendo por medio de un pontifice que fuera un verdadero genio. Ocurrirán algunas vulgares intrigas por parte de algunos cardenales oscuros, intrigas que no saldrán fuera del recinto de las ruinas de Roma, y el resto del mundo apenas echará de ver que las llaves de San Pedro han cambiado de mano.

CHATEAUBRIAND.

*M. el principe de Polignac á M. de Chateaubriand.*

Londres 10 de agosto de 1825.

El vizconde Marcellus que pondrá en vuestras manos esta carta, os enterará detalladamente del amable y lisonjero recibimiento que el rey de Inglaterra me ha dispensado en Cottage, donde he pasado toda la velada de antes de ayer. Rigurosamente hablando no ha habido recepcion oficial, pues quiso S. M. que se verificara en el salon á tiempo que estaba reunida toda la sociedad que habia invitado para el efecto, y donde sin esperar que M. Canning pronunciara mi nombre, se llegó á mi persona y me cogió de las manos diciendome que era uno de sus mas antiguos conocidos y que tenia mucho placer de volverme á ver; en seguida me preguntó noticias del rey y de toda la familia real, teniendo la bondad de añadir algunas, llenas de afectuoso recuerdo, de mi propia familia, y todo esto ha sucedido antes de que yo pudiera entregarle las credenciales, ni los despachos que tenia que entregarle de vuestra parte. El vizconde de Marcellus os repetirá tambien, mi querido vizconde todo lo que el rey ha tenido la amabilidad de decirme acerca de vuestra persona y la oportunidad con que ha sabido hacer el elogio de vuestro último discurso en la cámara de los Pares. No he tenido conversacion en particular con este soberano; pero durante la comida y en el resto de la velada se ha aprovechado varias veces de las ocasiones que se han presentado para darme á conocer la nobleza, la magnanimidad de sentimientos y los deseos que tiene de que la Francia prospere, al mismo tiempo que se ha manifestado personalmente adicto á nuestro augusto monarca. Al mismo tiempo debo decir que los duques de Clarence y Cumberland que he encontrado en Cottage me han dado á entender que se hallan animados de los mismos sentimientos que su real hermano.

Recibid, etc.

EL PRINCIPE DE POLIGNAC.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

Paris 10 de agosto de 1825.

Un despacho telegráfico fechado del cuartel general de la Carolina el 6 del actual, nos ha traído la noticia de la capitulacion de Ballesteros, y su reconocimiento de la regencia. Me aplaudo de haberos prevenido en mis tres últimas comunicaciones que interpusierais vuestra autoridad á fin de que la regencia no hiciera la tontería de rechazar las proposiciones de Ballesteros. Os escribo por consiguiente una carta oficial que podreis presentar á la regencia, si se ofrece ocasion de hacerlo. Este suceso puede producir la rendicion de Cádiz, y determinar la defeccion de Milans y

de Lloberas en Cataluña. Si por otra parte nuestro ejército ha entrado ya en la Coruña segun dicen cartas recibidas de Londres, Bourke podrá entrar en el reino de Leon y asegurar vuestro reposo en Madrid. ¡Ojalá se realicen tan magnificas esperanzas! Así que el rey consiga su libertad vereis en esa capital al general Pozzo que tiene ya plenos poderes de su gabinete, y luego se establecerá un embajador. Lulgari no se quedará en esa.

Decidme lo que piensan en Madrid del cónsul francés de Valencia, Broehaut d'Andilly que ha sido vicecónsul en el primero de estos dos puntos despues de la partida de M. de La Garde; pero tened muy en cuenta las exageraciones de los *absolutistas* en lo que os digan. Tengo intenciones de volverlo á reponer *interinamente* en el consulado de Madrid, si no creis que pueda haber algun inconveniente.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Serre á M. de Chateaubriand.*

Nápoles 9 de agosto de 1825.

He recibido, señor vizconde, vuestra carta confidencial del 18 del mes último. Os doy gracias de la molestia que os habeis tomado en explicarme los motivos que os han decidido á hacer la guerra y el estado actual de nuestras relaciones diplomáticas.

Algunos de esos motivos no han podido ser apreciados mas que en el mismo instante y hallándose en el terreno; pero desde aquí veo lo bastante para comprender que la invasion de España os debió parecer necesaria desde que subisteis al ministerio. En medio de la vacilacion de la mayor parte de los ánimos, el vigor y la prontitud de vuestra resolucio deben haber contribuido mucho al buen éxito, que en realidad es grande. Teneis razon de aplaudiros de él y os doy mi mas cordial felicitacion. Sin embargo, estais lejos, ni aun despues de la rendicion de Cádiz, de poder pensar en vuestro *nunc dimittis*. Sois el primero que ha dado á la Francia esa vida, esa accion exterior necesarias á un gran pueblo y que desde la restauracion parecian suspendidas. En esa carrera los grandes asuntos se provocan simultáneamente.

No es solamente la cuestión política de España, donde sin querer imponer instituciones, no podeis sin embargo dejar establecer en otro sentido un sistema tan absurdo, ruinoso y amenazador como el que habeis destruido; un sistema capaz de volver á tropezar en el escollo de que habeis salvado á esa nacion, inutilizando de este modo el fruto de vuestros trabajos. No es solamente la cuestión mas espinosa la de las colonias españolas, en la cual será preciso tener bien presente la promesa de limitar cuanto sea posible el círculo y la duracion de la guerra. Nadie mejor que vos conoce que en el vaiven de las cosas humanas el peligro que cesa, no hace por lo regular mas que ceder el puesto al que viene en pos de él. El temor de las revoluciones es el sentimiento comun que desde hace ocho años tiene unidas á las grandes potencias y á la Europa en paz. El peligro pasado se olvida pronto, y este temor se debilitará grandemente asi que la península quede restaurada y pacífica. Entonces la política de los intereses, de las ambiciones de potencia á potencia, la antigua política, si asi quiere llamarse, volverá á reclamar todos sus derechos. Los gabinetes se hallan en un estado de timidez, y aadenados, pero los pueblos están vigorosos y los ejércitos son considerables. No permiten estas dos circunstancias pensar que la paz será muy duradera, por mas que todos hablen de ella y la tengan en su corazón. Esa envidia que vemos ya germinar contra la Francia, irá desarrollándose á despecho de vuestra prudencia y de vuestra generosidad. Puede decirse que esa envidia es

sugerida tanto por la costumbre como por la razón. Es temible el nombre de esa Francia que desde hace tantos siglos ha causado frecuentes trastornos en el mundo, y lo son mucho más aun el contagio de la anarquía, efecto lento, pero irresistible de nuestras instituciones, y el movimiento y la fuerza que estas nos inspiran. Precisamente porque siempre hemos gozado de alguna libertad, nunca hemos podido arreglar nuestras diferencias sin estrépito: tened presente vuestros estados y vuestro parlamento de Breñaña. Para nosotros ese estrépito previene ó desvía el peligro, pero las crisis de que salimos no pueden menos de ser para los gabinetes acostumbrados á gobernar en silencio, indicio de un volcan, y de un torrente de lavas próximo á difundirse. El medio más seguro de calmar las envidias es disponer de la fuerza; nadie se atreve con las superioridades sólidamente establecidas; las cuestionables son las que andan cayéndose y levantándose.

La fuerza se obtiene por medio de las leyes y por medio de las armas. Esa guerra que sin ser mortífera da práctica á nuestras tropas, es seguramente una ventaja, pero todavía nos falta la facultad indispensable de poder en caso necesario conservar bajo la bandera á esos soldados aguerridos; nos falta una reserva; los veteranos no pueden componer una que por lo menos sea suficiente en todos los casos; á la primera campaña hemos tenido que recurrir á una quinta anticipada; esto es urgente, porque solo á fuerza de años se consigue reunir reservas, y porque para no desmembrarlas no deben correr el tiempo de servicio más que desde el día de la llegada al cuerpo.

Tampoco es preciso hacer alto en el desarrollo de nuestras instituciones políticas; conservando las que son propias á la Francia y á una monarquía constitucional, deben marchar hacia esa perfección que con tan fundado motivo admirais en Inglaterra. En Francia los realistas serán por lo menos durante toda una generación el apoyo necesario del gobierno; en ellos debe cimentarse la nueva obra procurando por todos los medios posibles hacerlos entrar en el goce de las ventajas de nuestras instituciones á fin de que aficionándose á ellas, concluyan por olvidar las prevenciones que contra ellas tienen. La cuestión sobre indemnizar los bienes de los emigrados, merece sería consideración, y es mucho más política que financiera.

Os digo todas esas cosas, señor vizconde, porque una guerra próspera os da fuerza y ventajas que vuestros antecesores no han llegado á tener. Para conservar y dar aumento á la fuerza, es preciso ejercitarla.

El santo padre va restableciéndose como por milagro; algún día será un asunto tan considerable como el de la elección de su sucesor. La Providencia ha dado á la iglesia en sus últimas tribulaciones dos pontífices que han tenido el valor de los mártires; la época actual exigiría uno que tuviera el celo de los apóstoles. Comprendemos que lo que falta en Francia es la influencia de la religión, y sin embargo no somos de los que menos dotados estamos de este particular; nuestro clero, marchando siempre al frente de todos los de la cristiandad ha sido purificado en el crisol de la persecución. Pero en el clero de Italia principiado por el de Roma; en el de Alemania, en el de la gran Península es donde reside el mal moral que afecta á la Europa, y por aquí es por donde convendría principiar el ataque. Vuestra prevision es exacta; los italianos harán la elección. Tal vez se podría hacerles comprender su verdadero interés y arrancarlos por un momento de la influencia de su triste axioma de que el mundo marcha por sí mismo (*il mundo va da se*), demostrándoles que no valdrán sino lo que valga el papa que elijan. Desgraciadamente parece que desde hace mucho tiempo el sacro colegio ha sido débilmente reclutado.

Acerca de las dos Sicilias nada tengo que añadir á

mis despachos oficiales. Presumo que por espacio de mucho tiempo el papel que representemos en Nápoles será de mera observación. Es poco el bien que puede hacerse, y el pequeño mal que tal vez conseguiríamos evitar, inspiraría recelos al Austria.

Esta carta, señor vizconde, es más bien la continuación de una de nuestras conversaciones en Verona, que un despacho diplomático. Vuestra confianza ha arrastrado la mía. Bien comprendo que desde este rincón debe mi política parecer demasiado especulativa. Vos sois el centro de acción á donde convergen todos los hechos. Vos rectificareis mis errores.

Renuevo, señor vizconde, las seguridades de mi afecto y alta consideración.

H. DE SERRES.

*El príncipe de Polignac á M. de Chateaubriand.*

Londres 12 de agosto de 1825.

Hoy no pensaba escribiros, señor vizconde, pero M. Canning me acaba de encargar para vos una *pequeña comisión*, y es únicamente bajo este punto de vista que me ha rogado observar lo que me ha dicho y acerca de lo cual voy á daros cuenta. El cónsul inglés en la Coruña y sir Roberto Wilson, han interpuesto su mediación cerca de las autoridades españolas de aquella ciudad, á fin de que pusieran en libertad y permitieran pasar á bordo de un buque parlamentario, á M. Desbassyns, hermano político ó primo del conde de Villele; ese buque ha sido tomado por francés y todas las personas que estaban á bordo han sido conducidas á uno de nuestros puertos; en el número de los pasajeros se hallaba la señora de Quiroga, esposa del general español de ese mismo apellido. M. Canning pide que interpongais vuestros buenos servicios para conseguir la libertad de esa señora, así como el cónsul inglés en la Coruña lo hizo respecto de M. Desbassyns. He contestado á M. Canning que hoy mismo os daría á conocer su deseo, y con este motivo creo que también ha escrito á sir Carlos Stuart.

Enteramente vuestro, querido vizconde,

EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

París 16 de agosto de 1825.

Mi querido amigo:

La orden de Monseñor, el duque de Angulema en Andújar, me parece ser contestación á la nota del señor Saez. Esta nota que pedía reparaciones, habrá excitado un impulso de cólera en el duque y lo habrá impulsado á redactar la orden. Puede esta en el momento del desenlace, ahora que toda la habilidad consiste en no provocar cosa alguna, y en ganar algunos días, producir funestas consecuencias. No alcanzo á aconsejaros una cosa mejor que el que hagais cuanto esfuerzo os sea posible, á fin de amortiguar el golpe. No deis absolutamente la razón á la regencia, pero calmarla, dándole á entender que la imprudencia de la nota del señor Saez, esa palabra *reparación*, es lo que, incomodando al señor duque de Angulema, le ha forzado á tomar una medida que ha creído necesaria para la seguridad de su ejército. Dadle particularmente á entender que toda irritación que fuera causa de retardarse la libertad del rey, produciría el efecto más deplorable. ¿Qué sería de la regencia y de los realistas si el ejército francés tuviera que retroceder hacia el Ebro. Si quieren salvarse, es preciso que permanezcan unidos á nosotros, y agradezcan lo que el duque ha hecho por ellos, aun cuando al parecer esto haya sido contrario á sus ideas ó pasiones.

Los asesinatos que se han cometido en Madrid estos últimos días, habrán sin duda contribuido también á que el duque tomara esa determinación. A cada instante me es más sensible el inconveniente de las distancias: en tanto que os estoy escribiendo esto, Dios sabe lo que habrá sucedido. La orden es del 8; estamos á 16, recibireis esta carta el 21 y no veré vuestra contestación hasta el 26 ó el 27. En ese intervalo pueden ocurrir diez revoluciones. Lo que más temo es una determinación de la regencia abdicando el poder, lo cual produciría seguramente un movimiento en esa capital; mas al fin la Providencia, que hace ya tanto tiempo nos dispensa su protección, no nos abandonará en este momento.

Ya veis que esta carta no es una contestación á vuestro despacho del 11, número 49, que he recibido esta mañana y que nada de importante dice, sino á lo que me ha dicho M. de Villele á quien monseñor ha remitido traslado de su orden. Si afortunadamente monseñor hubiere caído en la cuenta y se hubiera abstenido de publicar este documento, no creo decirnos que importaría guardar secreto sobre todo esto.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

París 17 de Agosto de 1825.

He recibido vuestro despacho del 12, número 50, remitiéndome copia de la orden de que os hablé ayer. Os contesto por medio de dos cartas oficiales: una sobre la orden en cuestión, la otra sobre vuestra carta al general Guilleminot. Por lo tocante á la orden, siendo ya un hecho consumado, no hay más que sostenerlo, pues lo peor sería retroceder después de haber tomado una medida y por nada en el mundo debemos abandonar á monseñor.

El general Lauriston, que delante de Pamplona ha recibido esa orden, dice que produjo el mejor efecto aun entre los mismos realistas armados y que se lamentan de que persiguiendo á los milicianos que vuelven á sus hogares, no se hace más que enconar las enemistades. Esta opinión no será la de las ciudades populares, donde las clases inferiores suelen deleitarse en todo lo que produce desorden. Si me hubiese hallado cerca de monseñor, le habría seguramente aconsejado que no expidiera esa orden que puede complicar los asuntos en el momento que tocan en su desenlace; mas una vez que ya ha sido publicada, no hay más que hablar; fuerza es sostenerla.

Sin embargo, vuestra misión, como ayer os lo dije, es la de modificar el golpe, dulcificar las consecuencias, disminuir el mal por todos los medios posibles, é interponer con interpretaciones conciliadoras y moderadas entre los partidos. No hay duda que vuestros colegas se aprovecharán de las circunstancias para dar no pocos falsos informes. Mas tened entendido que no hay ningún arreglo hecho por lo tocante á Cadix; que monseñor está muy distante de querer otorgar ninguna concesión política y que todo cuanto acerca de este punto puede imaginarse carece absolutamente de fundamento.

Veo por vuestra carta que discurrí con exactitud acerca de lo que ha motivado la orden, y que son las noticias que monseñor recibió de Burgos las que produjeron la explosión. La práctica y el conocimiento de los caracteres enseñan á hacer uno en sí mismo ciertas pausas que algunas veces deciden de toda una cuestión.

¿Mas de qué sirve todo lo que os estoy diciendo? Cuando mis instrucciones lleguen á vuestras manos la escena habrá del todo cambiado favorable ó adversamente.

Si por casualidad estuviesen las cosas arregladas

cuando recibais esta carta; si la regencia hubiese tomado el discreto partido de callar y dejar hacer (sistema á que habría sido preciso someterla), comprendereis tal vez que será más prudente no reanimar la cuestión y dejar sin uso mis cartas oficiales. Mas en el caso en que el asunto sea controvertido, y esté, por decirlo así, vivo, dareis á conocer altamente la opinión de nuestro gobierno.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de Polignac.*

París 18 agosto 1825.

Vuestros despachos, noble príncipe, son muy claros, muy amplios y muy buenos: yo no he querido daros ningún consejo. Es completa la retractación de M. Canning por lo tocante á la escuadra inglesa. Po-deis á vuestra vez asegurar á ese ministro que la Francia nunca ha pensado enviar tropas á Portugal. Por lo demás, (aquí enteramente entre nosotros), os diré que estoy poco contento de los asuntos de España. La regencia se ha dejado arrebatar en el asunto de Burgos; pasó una nota á Talaru, pidiendo reparaciones. Talaru cometió la imprudencia de transmitir esa nota al duque de Angulema, que estaba marchando hacia Cadix y el príncipe contestó *ab irato* con una orden mandando que ninguna prision pueda hacerse en las poblaciones ocupadas por las tropas francesas sin permiso del comandante de estas, etc. Comprendéis qué sinnúmero de divisiones va á producir esa orden en los ánimos. Sin embargo, no caben vacilaciones, es preciso sostenerla, pues de ningún modo debemos abandonar al príncipe generalísimo. No habéis de este asunto, sino cuando hayan estallado las consecuencias; entonces direis que el príncipe se ha visto obligado á tomar esa medida por seguridad de nuestras tropas y por honor de la misma regencia, cuyas órdenes moderadas eran desconocidas por los que tienen interés en prolongar las revoluciones. Por lo demás esa orden será de seguro muy aplaudida en Inglaterra, pero confirmará á M. Canning en la idea que tiene acerca de la división que existe entre nosotros y la regencia.

El correo de Madrid que acaba de llegar con cartas del 13, anuncia que este asunto se ha modificado algún tanto; que Oudinot se ha avenido á no publicar la orden, y que la regencia ha dirigido una comunicación al príncipe, manifestándole que va á mandar poner en libertad á todos los presos que no esten pendientes de formación de causa. Ojala se arregle todo de esta manera; pero de todos modos no puede menos de decirse que ha sido un triste asunto. Nada más de particular dice la correspondencia de Madrid. Solo hablan de una proposición que se dice hecha por las córtes á Bordesoulle el día 6 ó el 7. Dudamos de semejante noticia. Un correo inglés que pasó por Madrid el 13, parece haber dicho que dentro de dos meses no tendremos necesidad de la intervención inglesa; pero eso no es más que *habladurías*.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

París 19 de Agosto de 1825.

Os escribo, amigo mío una carta oficial. En la contestación al Señor Saez, si es que habeis contestado, creo que en términos atentos pero vigorosos, habeis sostenido la orden. Ostensiblemente debeis defender todo lo que emana de una autoridad francesa; pero en secreto procurareis conciliar y modificar todo. Acabo de ver al general Pozzo y se me ha mostrado muy ra-

zodable: me ha dicho que iba á escribir á M. Bulgari, diciéndole con motivo de la nota de la regencia dirigida á la conferencia, que no debía haberse constituido juez entre la regencia y monseñor; mándale que solo se presente como moderador entre las opiniones é impida que el asunto adquiera gravedad. Pero todo llega ya tarde y lo temible es que en Madrid, en Burgos ó en Zaragoza ocurra algún motin. Todos los partidos se aprovecharán de esta circunstancia para sembrar discordias: es una crisis; no hay más remedio que atravesarla; es inútil mirar hacia atrás.

CHATEAUBRIAND.

*El general Guillemín á M. de Chateaubriand.*

Puerto de Santa María 21 de Agosto de 1825.

Monseñor:

Mi falta de salud, y el excesivo trabajo durante el molesto camino que acabamos de hacer, han podido únicamente interrumpir una correspondencia que tanto precio tiene para mí. Por esta razón me atrevo á esperar que V. E. no llevará su severidad hasta el punto de no darme noticias tuyas sino cuando le den ocasión de hacerlo algunas circunstancias oficiales. Esto sería una privación demasiado grande por un retraso que ha sido del todo independiente de mi voluntad.

Siempre he hecho cuanto he podido para hacer agradable la posición de M. de Bouttourlin en el cuartel general, he debido obrar de esa manera porque me son desde mucho tiempo hace conocidas sus buenas cualidades, y porque al mismo tiempo comprendo cuánto importa que se halle contento de nosotros. La casualidad me lo presentó pocos momentos antes de recibir la carta de V. E. y me apresuré á darle algunas explicaciones, que si no han hecho desaparecer del todo su amargura, por lo menos la han calmado algo; yo procuraré disipársela enteramente.

Nuestros asuntos no marchan con toda la celeridad que desde luego pudimos prometernos. Temo que la intervención inglesa en la cual se apoyan los revolucionarios, no suscite obstáculos, y si ante todo no fuera preciso obrar, sería buena ocasión la presente para quejarse de la mezquindad de recursos que se nos han enviado. Pero nosotros sabemos sacar todo el partido posible de esos recursos y nuestro celo suplirá lo que en ellos falta. Nuestras tropas se hallan algo mejor dispuestas; la presencia de monseñor, que en mi concepto debería haberse retardado, hasta que todos nuestros medios hubiesen estado corrientes, redobla el ardor del soldado. De aquí á pocos días tentaremos la grande empresa, y las disposiciones que se tomen estarán en consonancia con lo que V. E. me hace el honor de comunicar.

No os hablo, monseñor, de la respuesta que el rey ha dado al mensaje que S. A. R. le había dirigido. V. E. estará ya enterado de ese particular por M. de Villele.

Suplicó á V. E. se sirva admir, etc.

GUILLEMINOT.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

París 25 agosto 1825.

Recibí á un mismo tiempo vuestros despachos del 17 y del 18 (números 58 y 59.)

Las circunstancias son graves, pero precisamente en tales casos es cuando conviene tomar un partido y hacer frente á la tempestad. Nuestros ejércitos dise-

minados, la población levantándose contra nosotros, las plazas fuertes resistiéndose, he aquí las terribles noticias que diariamente nos están comunicando los periódicos liberales; pero lo cierto es que en ninguna parte tenemos delante de nosotros un cuerpo de ejército capaz de detener el paso de quinientos mil franceses. La población que no ha podido sublevarse por nosotros á la sombra de cien mil bayonetas francesas, y que se deja batir donde quiera que se atreve á medir sola sus armas con las de los soldados de las córtes (como acaba de suceder últimamente en Cataluña) no se levantarán en masa contra nosotros. No está todo perdido y con paciencia y moderación puede aun corregirse un error cuya gravedad no tratamos de excusar (pero, ¿qué hombre y sobre todo qué príncipe está exento de cometer errores?)

No os he dicho que el asunto de Búrgos fuese de poca importancia, sino que en términos de buena política convenia presentarlo bajo ese punto de vista. Muchas veces conviene dar á los asuntos viso de poca importancia; pues recalando algo acerca de sus consecuencias, lo único que se consigue es agravar su intensidad. La orden de Andújar no es consecuencia de un plan como supone de M. Brunetti, que por todas partes no ve más que proyectos de constitución y de arreglo con los revolucionarios, es únicamente un impulso de cólera producido por la nota del señor Saez que pedía reparación. Se caerá creyendo esto, en todos los errores austriacos.

No soy de los que creen en la súbita rendición de Cádiz, y aun creo que esta ciudad podría no abrir sus puertas; pero no desconfío enteramente de su rendición, pues tenemos muchas probabilidades favorables, y en fin, aunque Cádiz no se rinda, no se habrá perdido del todo.

Las órdenes del señor duque da Angulema han sido ejecutadas con el mayor rigor en Vitoria y Bilbao. Yo he propuesto atenuarlas aquí; pero se objeta que si el ministro de la guerra expidiese una orden que fuese contrariada por otra de monseñor, podría resultar de esto un mal de trascendencia. Además, enviar una orden de París sería condenar al príncipe, y todo es preferible á esto. En todo se presentan males por todos lados; pero no me desalientan.

P. D.

Me desconsuela como á vos la distancia; ¿de qué sirve todo lo que acabo deciros? Cuando recibiereis esta carta, la respuesta de monseñor habrá llegado despues de ocho ó diez días á Madrid, y todo habrá cambiado de aspecto. De todas maneras, es preciso que la regencia entienda que si por una división funesta, nos vemos obligados á retirarnos sobre el Ebro, Valdés estaría muy pronto en Madrid, y los realistas serian exterminados. La Francia se salvaría en todo caso, y nadie podría forzarla en las plazas fuertes de Cataluña y Navarra de que se apoderaría sitiándolas, pero los constitucionales triunfarían en el resto de España; así pues, lo mejor es mantenernos unidos á toda costa.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de la Ferronais.*

París 25 de Agosto de 1825.

Debo caballero, hablaros de un suceso de que nuestros enemigos han querido sacar algún partido, y que por fortuna no tendrán ningún resultado desagradable.

Habiánse hecho en Búrgos, como en otras muchas ciudades de España, prisiones arbitrarias en extremo numerosas. Los menores inconvenientes de estas prisiones eran suscitar enemigos cada vez mayores en número á nuestros ejércitos, porque los soldados milicianos que regresaban á sus hogares, en virtud de

capitulaciones militares con nuestros generales, eran encarcelados al llegar á ellos, lo cual les obligaba á tomar las armas, é iban á engrosar las guarniciones de las plazas ó á formar guerrillas á espaldas de nuestros ejércitos. Para hacer cesar estos desórdenes que comprometían la seguridad de nuestras tropas, el comandante de Búrgos hizo poner en libertad á todos los presos que no habían llegado en virtud de órdenes emanadas de los tribunales. La regencia se consideró ofendida, y M. Saez escribió una carta á M. de Talaru, pidiendo con un tono amenazador una pronta reparación. Esta nota, fue por desgracia comunicada á monseñor, quien justamente ofendido de que no se reconociesen mejorsu trabajos y sacrificios, dió en el primer impulso en Andújar, una orden declarando que no podría verificarse prision alguna en las plazas ocupadas por sus tropas, sin la autorización del jefe superior de estas; y como los periódicos de Madrid se habían atrevido á insultar al ejército francés, esta orden ponía á los periódicos bajo la vigilancia militar.

Con este motivo, armóse un gran ruido: *La independencia de la regencia desconocida, la justicia violada, la causa realista sacrificada á la causa revolucionaria, etc.*, etc. Los agentes de la Inglaterra atizaban el fuego de la discordia, al paso que los partidarios de las córtes se esforzaban en hacer surgir una profunda división entre nosotros y el partido realista; agitábanse los intrigantes, y muchos frailes fanáticos procuraban soliviantar el populacho. MM. Bulgari y Brunetti, que son demasiado jóvenes para la comisión de que están encargados, se encolerizaron al pronto, pero cedieron luego á un sentimiento más exacto de la situación de las cosas. M. Royez se mostró constantemente razonable, pues conoció desde los primeros momentos el inmenso peligro que habría habido en que se trasladase la menor división entre los representantes de la Alianza y tales circunstancias. Es verdad que la orden tiene inconvenientes; un magistrado ó un embajador no la hubiera redactado en los términos en que lo está ó por mejor decir, hubiera aconsejado cualquiera otra medida. ¿Pero qué es en suma una orden dictada por un general que ve menospreciada su palabra y comprometidas sus tropas por violencias fanáticas? ¿A un general cuyo enojo se provoca muy naturalmente con una nota amenazadora? ¿Qué es preguntado, esta orden, si se atiende á todos nuestros sacrificios y á las virtudes de un príncipe verdaderamente admirable? Nuestra sangre corre en todas las provincias de España por la causa de los realistas españoles; causa que ellos defendían tan mal; nuestros soldados, en medio de todas privaciones y bajo un sol abrasador, observan la más increíble disciplina, y hemos derramado por la península ciento cincuenta millones. Un príncipe heredero del trono de Francia expone á cada paso su vida para librar al rey Fernando y arrancar la España á la facción; ¡y se olvidará todo esto, porque una orden justa en el fondo, aunque defectuosa en la forma, ha venido á poner un freno al espíritu de reacción y de venganza, y á contrariar las miras de los que tal vez provocaban estos excesivos rigores con el designio de obligarnos á retirarnos sobre el Ebro! Por fin se ha conocido cuán ingrata y cuán impolítica es semejante conducta. La regencia, que había enviado una nota á la conferencia, la ha retirado, y los representantes de las córtes han dejado de insistir en intempestivas gestiones. La regencia ha decretado por sí misma la apertura de las cárceles y ha enviado en diputación un oficial á monseñor, para pedirle que modifique su orden; todo se ha calmado y se esperan tranquilamente los sucesos de Cádiz.

Monseñor habrá llegado lo más tarde el 18, al Puerto de Santa María, y hecho íntimar la rendición á Cádiz el 19 ó 20; y si dicha ciudad no ha abierto sus puertas, está resuelto proceder al ataque el mis-

mo día de San Luis, esto es, el 25. No tenemos, pues, sino ocho días de espera, contando desde hoy para saber las cosas que más interesan á los destinos de Europa.

CHATEAUBRIAND.

*M. de Chateaubriand á M. de Talaru.*

París, 27 de agosto de 1825.

Os escribo esta mañana con una especie de satisfacción, porque ya no hay incertidumbre acerca de los hechos. Prósperos ó desgraciados, han pasado ya; vos lo sabeis acaso en el momento en que escribo, y ciertamente en el momento en que recibiereis esta carta. Una estafeta que ayer llegó, no me ha traído despachos vuestros, pero sí una carta de monseñor en que comunica lo que ha debido hacer, y me proporciona á lo menos la satisfacción que se oculta de los hechos terminantes y de la claridad de una posición. El príncipe dice que el 17 reunió un consejo de guerra, en que se acordó atacar la ciudad, con arreglo á un plan regular que exige cinco días de preparación; y que, en consecuencia, ha enviado á uno de sus ayudantes de campo á llevar al rey la carta cuyo borrador se le había remitido, dando cinco días para responder. Ya conoceis esta carta, que servirá para desengañaros acerca de la *supuesta conspiración* política por una carta á que habeis dado asenso, con todos aquellos que en Madrid tenían interés en dárselo ó en hacérselo dar. Hubierais debido conocerme mejor. Los sucesos militares y la conducta particular del príncipe no dependen de mí; pero lo que depende son los resultados y las capitulaciones políticas, porque no puede acordarse concesión alguna para el fin de la guerra sin ser ofrecida ó ratificada por el rey, en vista del dictamen del consejo; así, pues, todo lo que ceda en deshonra de la Francia y constituya el abandono de los principios que han formado la regla de mi existencia política, no se verificará jamás, mientras yo tenga alguna parte en el gobierno. O me equivoco mucho, ó la carta de monseñor es tan noble como firme y tranquila. ¿Que propone, ó por mejor decir, que insinúa, porque ni siquiera lo propone? Una amnistía y las antiguas córtes, y ni aun esta amnistía y estas antiguas córtes pueden ser otorgadas sino despues que *el rey esté libre*, pues su libertad es la primera condición de la paz. Creed esto preferible, así para el rey, cuya libertad es indispensable, como para la nación, á la que no se puede librar de las faltas del rey, sino poniéndola al abrigo bajo el escudo de sus antiguas instituciones. Si el clero, que compone casi en su totalidad las antiguas córtes, no se satisface con este arreglo, preciso será convenir en que es harto difícil de complacer.

Mi papel aquí ha terminado; salgo puro y sin mancha de los acontecimientos, sean cuales fuesen. No me quejaré de las sospechas ni de la alarma esparcidas en derredor vuestro por aquellos á quienes habeis hablado.

Mi carácter es la constancia; no me asusto ni me turbo por nada; si la carta ó el ataque no han tenido buen éxito en Cádiz, no por esto creeré que se ha perdido todo, y lo que no se haya hecho en agosto se hará más tarde, y propondré, cueste lo que cueste, que por ningún concepto se abandone la empresa de España. La práctica de los negocios me ha enseñado que muchas cosas que se han creído perdidas, no marchan tan mal como se creyó al principio, y que hay cierto rumor de partido que ensordece cuando se empieza, y que se incurria en error si se obrase con arreglo á sus primeros movimientos.

Vos habeis oído los gritos de los realistas españoles y las quejas de los agentes diplomáticos enemigos de la Francia. Teniendo en cuenta los informes de estos